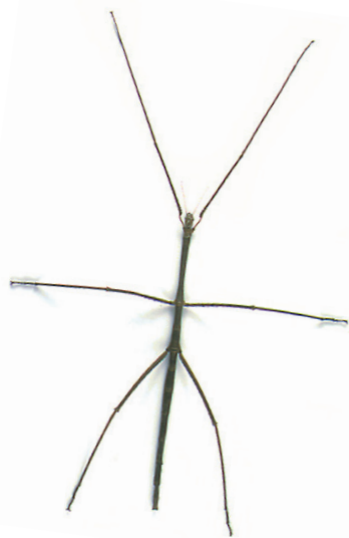


LA INCREÍBLE
AVENTURA
DE **INSECTO PALO**

JULIÁN

HERNÁNDEZ

**SUSTANCIA
NEGRA**




ESPASA

LA INCREÍBLE
AVENTURA
DE INSECTO PALO

JULIÁN
HERNÁNDEZ

SUSTANCIA
NEGRA




ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

© Julián Hernández Rodríguez-Cebral, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: © Óscar Mariné, 2015

Depósito legal: B. 2.875-2015
ISBN: 978-84-670-4395-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

SUSTANCIA NEGRA

1. EN EL ASCENSOR	11
2. EL SUPPLICIO DE LA GOTA	14
3. DOS CADÁVERES EN PONTE MAZZINI	21
4. RUEDA DE PRENSA SIN PREGUNTAS	29
5. EL TIZIANO PERDIDO	36
6. EL ÑANDÚ MENSAJERO	45
7. LA RECOLECTORA DE HONGOS	51
8. ¿UNA COPITA DE QUÉ?	54
9. EL HADA MADRINA	61
10. LA CASA DEL PRIMER CERDITO	67
11. CATEQUESIS PARA ADULTOS	72
12. EL LADRÓN DE DESEOS (I)	77
13. EL LADRÓN DE DESEOS (II)	86
14. DEQUEÍSMO Y BARBARIE	95
15. LA ASPIRINA Y EL CARACOL	97
16. ESTRÉS HÍDRICO	101
17. ASCO Y CAOS	107
18. A CABALLO HACIA ALEPO	113
19. ARTILUGIO Y CLEPSIDRA	118
20. <i>EL NUEVO AVISPERO</i>	122
21. EL CASO DEL ASESINO ALFANUMÉRICO .	125
22. EL LIBRO SAGRADO DE LOS BOSQUIMANOS	130

23.	UN MIRLO EN EL ALFÉIZAR	136
24.	TINGLADO GENERAL DE EMPAQUE	140
25.	TELÉFONO ROJO	145
26.	KLEINE PEENEMÜNDE INC.	150
27.	MARIPOSAS NEGRAS	154
28.	JUNTA DE VECINOS	156
29.	DESCENSO A LOS INFIERNOS (romance de ciegos)	162
30.	VOLATILIZACIÓN ESPONTÁNEA	171
31.	MÁS ALLÁ DE TARSO	178
32.	LOS PERROS NO LADRAN EN LA NIEBLA (sólo en cines)	183
33.	EL VIAJE PAPAL	191
34.	APORTANDO DATOS MORFOLÓGICOS	197
35.	FLUCTUACIÓN DE VACÍO	204
36.	LA CASA DE LI	208
37.	EN EL AVE TURUTA	215
38.	HABRÁ QUE MATAR A B	220
39.	MORÁIS Y CENDÓN	227
40.	HONRAS FÚNEBRES	232
41.	AL TERCER DÍA	240
42.	EL JUICIO: DÍA PRIMERO	243
43.	EL JUICIO: DÍA SEGUNDO	248
44.	EL DISCURSO DE JIMMY STEWART	254
45.	ABSOLUCIÓN Y SENTENCIA	258
46.	CONVERSACIONES EN EL PARQUE FÉNIX .	262
47.	ELEVATOR WOMAN	266
48.	LA HABITACIÓN ENORME	269
49.	CRISÁLIDA	272
50.	¡ZAS!	274
	AGRADECIMIENTOS	275

1

EN EL ASCENSOR

En un edificio de cachaverosódico nombre, premio de arquitectura en su día y conocedor de tiempos mejores, vivía Insecto Palo, vecino discreto sin ánimo de estridencia ni trifulca. Estricto cumplidor del régimen interno impuesto por la gestora del inmueble, pagador puntual del alquiler, sobrio hasta la censura, Insecto Palo era un conversador ameno en el difícil recinto del portal, y en sus bolsas de basura siempre resultó imposible hallar algo más comprometedor que arrugados dominicales de periódicos con el sudoku resuelto o unos esporádicos rabos de pasas. Tenía en la puerta de su apartamento una placa ilegible, similar a la usada por médicos y abogados, y atornillada con torpeza; el felpudo, por su parte, mostraba un *ongi etorri* en caracteres cirílicos, sin duda robado en algún edificio rival. No era muy de llamar la atención quemando buzones ni amigo de repartir poemas en silencio durante las reuniones de la comunidad. Su vida sexual —si la tenía— era discreta; su trabajo, aparentemente decente; sus modales, exquisitos sin amaneramiento; sus movimientos, supuestamente conocidos; sus conocidos, absolutamente inexistentes.

Un buen día (o malo, que para todo hay opiniones), Insecto Palo pasó a la acción.

Las crónicas cuentan que el tal buen/mal día, uno de asueto y abstinencia, Insecto Palo entró en el ascensor y pulsó el botón del piso once con gesto levemente aristocrático. Antes de que las puertas del ajado Otis se cerraran, su víctima se coló entre ellas de rondón. El pobre infeliz se apresuró a pulsar, a su vez, una opción no iluminada en el panel.

—Yo voy al noveno —balbuceó al tiempo que cometía el fatal error de dar la espalda a su compañero de ascensión.

Insecto Palo procedió con sigilo de prestidigitador. Para ello, utilizó el tradicional —cinematográficamente hablando— método del pañuelo empapado en cloroformo. El ascensor fue tierra de nadie y testigo del rapto. Conocía al individuo: se trataba de un anodino vecino, un personaje nada notorio y también solitario, pero mucho menos considerado en el edificio. Inquilino del noveno B, tal circunstancia determinó el apodo por el que era conocido entre aquellos que habían reparado alguna vez en él: sencillamente, B.

Le tocó a B como le podía haber tocado a cualquiera. Nadie por aquí, nadie por allá, y la menor ocasión fue la mayor. Cuando las puertas metálicas terminaron de cerrarse, nuestro raptor agarró a B por el cogote del cuello de su camisa y le aplicó el trapo narcotizante abarcando nariz y boca. Por un momento pareció que la víctima pronunciaba algo encabezado por la letra eme, pero no consta que tuviera tiempo de decir ni mu: calló y cayó redondo. Insecto Palo, ascensorista de buenas maneras, procedía a depositar, sin soltarlo del todo, aquel cuerpo desvencijado sobre el sintasol cuando el Otis se paró bruscamente. En el panel se iluminó el número nueve y se abrieron las puertas. En el umbral apareció una señora, agarrada a un carrito de la compra vacío, adelantando

ya un pie para entrar en el ascensor. Se detuvo al descubrir la escena. Situación embarazosa, sí, pero nada que no se pudiera solucionar con educación.

—Subiendo —dijo Insecto Palo aparentando una sonrisa. Medio agachado, sin dejar de soltar a B, pulsó de nuevo el botón del piso once y las puertas se cerraron ante las narices de la perpleja mujer.

La primera sensación de B fue de extrañeza. Aunque había pronunciado las palabras correctamente, ningún sonido llegó hasta sus propios oídos. Sacudió la cabeza... ¿Sacudió la cabeza? No. Algo impidió el acto reflejo. Reaccionó al instante, pero ni sus piernas ni sus brazos pudieron moverse ni un milímetro de la posición de relax en la que creía encontrarse. Entonces gritó:

—¡¿...?! ¡¿...?! ¡¡¡.....!!! ¡¡¡.....!!! ¡¡¡.....!!!²

(¡plic!)

B paró en seco su indignado griterío: había notado algo como una gota cayendo sobre su cabeza. La figura paseante se detuvo.

—¡Ho-o-o-la! —dijo Insecto Palo; y parecía realmente sorprendido—. ¡Ya estás aquí de vuelta! No, por favor, no te levantes ni digas nada... De hecho, bueno, no sé, quizá no puedas hacer ninguna de, bueno, no sé, de las dos cosas, ¿verdad?

No podía, no.

—Bienvenido... —canturreó Insecto Palo mientras se agachaba para recoger del suelo el cadáver de un grillo.

(¡plic!)

B notó una segunda gota sobre su cabeza. Y no, no había goteras en el piso once del edificio. Allí estaba B, inmovilizado en un artilugio que, a primera vista, podría ser confundido con una cama de hospital, de esas de cuidados intensivos y vigilancias de relativa intensidad, o una silla de dentista a lo bestia. Como ya dijimos,

² «¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué pasa aquí?! ¡¡¡Oiga!!! ¡¡¡Oiga!!! ¡¡¡O...!!!».

la postura era cómoda. Salvo que B intentara moverse, claro está. Fuertes correas ajustaban —sin apretar— sus tobillos, sus muslos, su cintura, su pecho, sus brazos, antebrazos y muñecas a aquella cosa, dejando escaso —por no decir ningún— margen de movilidad. De cuello para arriba, el asunto se sofisticaba un poco más. Una estructura acolchada, semejante a la protección de un sparring, mantenía su cabeza inmóvil, no así su mandíbula ni sus orejas (en el caso de que B supiera moverlas), bajo un dispositivo dispensador de agua regulado por un temporizador de cuya actividad informaba en tiempo real una pantallita de cristal líquido. Una serie de cables, manivelas, ruedas dentadas, bombillas, tubos, frenos, resortes, tornillos, botones, potenciómetros, bujías, casquillos, enchufes, circuitos integrados, palancas, goteros y pedales completaban el conjunto. Una monada de cuidada estética retrofuturista y steampunk.

Insecto Palo depositó el grillo muerto en una bolsita de plástico. Suspiró lentamente, como dudando sobre los siguientes pasos a emprender.

—No sé, quizá..., quizá, no sé... ¿quizá debería ponerte un espejo delante? Para que veas dónde y cómo estás, digo... Bueno, qué tontería, ¿para qué?

—¡.....,, !³ —protestó B.

Insecto Palo hizo un gesto. Como el de quien cae de la burra.

—¡Ah, ya..., ah, claro! Verás. No, hablar no vas a poder hablar. Es que, en fin, mientras estabas dormido, verás, he cortado, no, he operado, sí, tus cuerdas vocales... Un buen trabajo —aclaró orgulloso—. Estabas, sí, bien anestesiado, sí. Pero piensa un poco y ponte en el lado

³ No parece necesario continuar transcribiendo lo que intenta decir B. (N. del A.)

bueno: tienes, creo, un privilegio. Mmm... no lo tiene todo el mundo, ¿eh? Más bien no lo tiene nadie: tú ya sabes cuáles van a ser tus Últimas Palabras, je. ¡Yo voy al noveno! ¡Bff...! Perdona que me ría, pero es que...

(¡plic!)

A sus ya exacerbados sentimientos de perplejidad y desesperación, B añadió la desolación: jamás incluirían sus últimas palabras en la *Gran Antología Enciclopédica Espasa de Últimas Palabras*. Si bien es cierto que B encabezaría la letra B del índice onomástico por derecho propio, «yo voy al noveno» se le antojaba un enunciado vacío de contenido, ya fuera este poético, filosófico o sarcástico. Ni siquiera tuvo la posibilidad del gesto heroico ante el pelotón de fusilamiento, de un «¡viva la libertad!» (o similar) para la posteridad. Tampoco veía la interpretación esotérica o misteriosa: «Yo voy al noveno» no tenía nada de críptico y pocos alucinados del futuro se atreverían a decir que aquello contenía un mensaje. «Yo voy al noveno» quería decir exactamente «yo voy al noveno» y nada más. Si al menos se le hubiese otorgado el derecho a pensar un rato en algo más digno... ¡Ah, qué falta de previsión! Nos creemos eternos y nunca pensamos en que esas —precisamente *esas*— palabras saliendo de nuestra boca de cualquier manera pueden ser las últimas. B tuvo que añadir a la cesta el sentimiento de culpa. Sin haber tenido un hijo ni haber plantado un árbol en su vida, la última oportunidad de escribir un libro —bueno, de publicar unos cuantos caracteres en un libro— se desvanecía. Quedaba sólo la repesca del epitafio, siempre en manos del azar: descartada la corrección del texto definitivo por parte del autor, ¿quién puede garantizar una transcripción fidedigna? Además,

la inmensa mayoría de epitafios son apócrifos o ni siquiera existen: puras leyendas urbanas. B se había decepcionado a sí mismo y arremetía contra todo y contra todos:

—.,, ¿..? (...) ¡¡¡... .. .
..... .., ..!!!

Ni pizca de atención parecía prestar Insecto Palo a estas interpelaciones, pero entre tales dimes y diretes avanzaba la tarde. A lo largo de la velada, B fue convenientemente informado de todo lo concerniente a su futuro. Para empezar, estaba donde estaba para ser sometido a una suerte de...

—Hidrotrepanación —fue el término que utilizó Insecto Palo.

En otras palabras: moriría sometido al suplicio de la gota.

—¡¿.. ..?! —balbuceó B en ese momento.

Sí, el suplicio de la gota, de una gota tras otra, cayendo sobre la cabeza del condenado. Viejo y lento como el mundo. No muy utilizado por inútil: nunca sirvió para sonsacar al reo ni era una ejecución espectacular ante la muchedumbre. La pureza del proceso requería que el sujeto no sufriese otro tipo de, digamos, intervención. B podía estar tranquilo: se utilizaría agua destilada, por supuesto (nada de infecciones), y estaría bien alimentado vía intravenosa. De vez en cuando, además, se le administraría alguna que otra golosina vía oral. Su raptor también le aseguraba una higiene personal exquisita. ¿Cómo? Bueno, pues ya tenía unas sondas instaladas en su aparato excretor y una vez a la semana volvería a ser sedado y liberado de su morada final para proceder a un aseo en condiciones. Tras las abluciones pertinentes, el tratamiento...

—Odio llamarlo suplicio —confesaba Insecto Palo.

... continuaría sin mayores sobresaltos ni interrupciones. El ritmo de goteo no estaba aún muy definido. En principio, la previsión era de unos cuantos segundos entre gota y gota; sin embargo, nada impedía modificarlo según avanzase el proceso: no podía ser ni desilusionante por veloz, ni desesperante por lento. Si B no perteneciera al reino animal, tras unos cuantos miles de años acabaría convertido en una estalagmita. No era el caso. ¿Hidrotrepanación? Bueno, y más allá. El agua procedente del dispensador treparía poco a poco la cocorota de B y después avanzaría a través de la materia gris, produciendo imprevisibles y quizá sorprendentes alteraciones neuronales, para llegar finalmente a la sustancia negra alojada en el centro del desdichado encéfalo. Aquí, con toda probabilidad, se cortarían la producción de dopamina. El final —el momento, sus modos y maneras— era difícil de predecir. ¿A alguien le importaba el detalle? ¿Alguna pregunta?

No: todo estaba bien clarito. Aun así, B no hacía más que poner pegas:

—¡.... ! ¿.. ?
.....?

Y ni caso, claro. Fue importante saber que podría dormir gracias a unos eficaces somníferos administrados a primera hora de la noche a través de uno de los goteros a los que estaba conectado. Si esto no funcionaba, bastaría combinarlo con un corte en el flujo de agua durante unas horas para retomarlo más tarde. No había ninguna prisa.

* * *

Se acababa de poner el sol e Insecto Palo manipuló algo en un ángulo ciego para las pupilas del hombre-estalagmita. Antes de caer redondo al final del primer día del final de su vida, B escuchó un sonido procedente de la bolsita de plástico:

—¡Cri-cri!

(¡plic!)